

# Habitar las instituciones: notas para una intervención social -otra en contextos de colonialidad<sup>1</sup>

María Eugenia Hermida<sup>2</sup>

## Presentación

Mauricio Macri inició su mandato en 2015 con un discurso en el que el término *derecho* no apareció una sola vez. En esta primera semana de septiembre de 2018, el Presidente anunció la degradación a rango de secretaría de diez ministerios, entre ellos los de salud, trabajo, cultura, ciencia y técnica, siendo la primera vez que un gobierno “democrático” realiza una acción de este tenor. Lo institucional como instancia de construcción de lo público y de acceso a derechos está siendo foco de un desguace.

Cierto es que en el denominado ciclo de gobierno kirchnerista muchas consagraciones de derechos en términos legislativos y también presupuestarios, encontraron su cuello de botella en la instancia institucional, nudo crítico donde el tiempo y el espacio tienen otra densidad, donde los análisis lineales fracasan.

Este diagnóstico nos dice que ya sea en contextos de giro a la izquierda, como de giro a la derecha, lo institucional parece ser el punto ciego y llamativamente innominado, el límite poco explorado. Celebro entonces que hoy en estas jornadas, nuestro interés y nuestras pocas o muchas luces se focalicen en esas colonialidades instituidas, tarea determinante si de descolonizar se trata.

Y también celebro el encuentro porque sí. Porque aquí en esta cita se juega algo del orden del deseo. Y más allá de que encontremos o no la llave mágica para hacer que el helicóptero llegue pronto, el sólo hecho del encuentro, de la escucha y la mirada, nos permitirá sino hacer la revolución, sí romper al menos la cadena metonímica y la pura repetición de lo mismo, sí algún cambio de posición, alguna experiencia que nos desate de algo pesado, que nos enlace a algo vivo.

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las II Jornadas Internas “Las Colonialidades instituidas: procesos, relaciones, estrategias”. Organizadas por el CIETP, Instituto de Estudios Críticos en Humanidades, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, CONICET, realizadas en la ciudad de Rosario los días 6 y 7 de septiembre de 2018.

<sup>2</sup> Licenciada en Servicio Social (UNMDP), Especialista en Docencia Universitaria (UNMDP), Doctora en Trabajo Social (UNR). Docente investigadora de la UNMDP. Actualmente Directora del Depto. Pedagógico de Trabajo Social (UNMDP).

Preparé unas notas que en el primer apartado revisan los sentidos sobre lo institucional, y en el segundo proponen la metáfora del habitar como una cartografía posible para hacernos cargo y hacernos carne de la dimensión institucional no ya solo como parte del problema sino también como parte de la solución.

## **I- Sobre lo institucional y las colonialidades**

“Causas constantes no podrían producir efectos variables” afirmó Castoriadis (1994:5), y en su sentencia condensó tanto nuestra maldición como nuestra razón de ser como trabajadorxs de las ideas. Si no hay causas constantes, no hay teoría que pueda arrogarse la potestad de explicarlo todo y para siempre. Revisitar los problemas vinculados a lo social parece entonces una suerte de destino. Si esto es así, tengo alguna chance de decir algo, aunque confuso e incompleto, sobre lo institucional.

Para comenzar, hay un punto en el que creo válido reparar. Y es el hecho de que muchas de las teorías críticas con las que hemos crecido y también construido nuestra subjetividad de intelectuales comprometidxs con determinadas causas o grupos sociales, enfatizaban en el carácter opresor de las instituciones modernas. Ya sea desde un registro más vinculado al marxismo, o más cercano a la crítica post-estructural, se han explicitado el carácter burgués, opresor, clasista, normalizador, disciplinador, u homogeneizador de las instituciones capitalistas-modernas. Y desde la crítica colonial patriarcal se ha focalizado en el carácter androcéntrico, heteronormativo, racista, misógino y adultocéntrico de nuestras instituciones.

Por otros carriles teóricos, más vinculados a la sociología reflexiva y del riesgo, y de la literatura más cercana a la mirada denominada posmoderna, el acento estuvo puesto en la crisis de la modernidad y sus instituciones, el estallido de las promesas modernas, el debilitamiento del Estado y su aparato institucional. Metáforas como la de la liquidez, los flujos, el deterioro, el estallido, la caída poblaron los *papers* de fin de siglo XX y principio de siglo XXI. Lo institucional perdía su rigidez, sus promesas eran cuestionadas, su anacronismo denunciado, su omnipresencia entrecomillada, su perdurabilidad interrogada. Ya no eran monstruos fríos dispuestos a disciplinarnos. Eran, desde este registro conceptual, descritas como cáscaras deterioradas y vacías de contenidos, recursos y futuro.

¿Qué diagnóstico tenemos hoy en mente entonces cuando hablamos de lo institucional?  
¿Son las instituciones las fuertes extremidades de ese monstruo frío que es el Estado?  
¿Son ruinas, armas averiadas que ya no disparan a nadie? ¿Es la contraposición fuerte-débil un binomio potente para analizar lo institucional? ¿Qué tensiones nos pueden ayudar a comprender algo sobre lo institucional hoy? ¿Disciplinamiento-emancipación?  
¿Inclusión-normalización? ¿Colonialidad-descolonialidad? ¿Cómo cruzar estas tensiones unas con otras y sin caer en pensamientos dicotómicos?

En medio de esta maraña conceptual en la que hemos crecido, en los sedimentos de esos debates que configuraron en gran medida nuestra manera de trabajar, en este presente abigarrado de intereses, dolores y deseos, vale detenernos para revisar nuestras cartografías. Solo como puntapié voy a esbozar algunas conjeturas.

En primer término, entiendo que la modernidad capitalista colonial patriarcal se configura a partir de un conjunto de contradicciones irreductibles. No hay una relación de exterioridad entre la modernidad y algo así como lo pre-moderno o lo post-moderno. Nociones como la de abigarramiento (Zavaleta Mercado, 1986) nos advierten sobre el peligro de plantear lo moderno como una instancia definible, mensurable, escindible y de la que podamos separarnos alegremente. Esta manera de pensar en un antes no moderno al cual regresar, o un estadio posterior al cual propender, como superación de lo moderno colonial, es ya en sí misma modernidad pura en acto, condicionada por una visión lineal, evolutiva<sup>3</sup>. Tampoco podemos pensar lo moderno como un estatuto de cosas e instituciones que capturan a los sujetos para luego colonizarlos. Desengancharnos radicalmente de los aparatos institucionales modernos, más allá de ser una empresa imposible, no nos garantiza ninguna descolonización. La colonialidad es del poder, del saber y del ser. Se juega en nuestros gestos, en nuestra manera de sentir, en la forma en como nos sentamos, en lo que ni siquiera nos permitimos pensar<sup>4</sup>. Las contradicciones entonces no se dibujan entre el mundo de las cosas y el de las personas, o entre el mundo del estado como agente colonial y el de la sociedad civil como bastión a proteger.

---

<sup>3</sup> O incluso dialéctica de acuerdo a la crítica que de este concepto realiza Dussel (1996) desde su analéctica.

<sup>4</sup> Si bien he definido detenerme más en el registro de lo institucional que en el de la subjetividad y la colonialidad del ser, no quiero dejar de decir que para mí lo institucional es subjetivo, aunque no se subsuma en absoluto a esta sola dimensión. Clarificar algo de los procesos institucionales que configuran nuestra mismidad y sus alteridades, es parte de nuestra tarea. Como también lo es reconocer la evidencia de que las instituciones cambian, y en esos cambios confluyen procesos que vale la pena intentar comprender, y donde, conjeturo, las subjetividades rebeldes (De Sousa Santos, 2006) tienen mucho que ver. Explorar algo más sobre el problemático vínculo sujeto(s) -institución(es), registrar que el mismo no es unidireccional sino más bien poroso, abierto, es parte de los fundamentos para detenerse en el tema que nos convoca.

Debemos ser sagaces a la hora de ver cómo se cuelan las máximas de la teoría política liberal norteamericana<sup>5</sup> por ejemplo a la hora de hacer esa crítica *in toto* al Estado, que desprevenidamente puede parecernos tan descolonial.

Estas reflexiones que desnudan el carácter imposible de una vuelta o evolución a un estadio puro no moderno colonial, no implican resignación a un estado de cosas eterno y fijo. Pensar la modernidad desde la crítica colonial es habilitar formas otras de ejercer precisamente la crítica. No tiene que ver con la exaltación de lo micro, ni con la pospolítica. Hay metáforas que se acercan más al gesto descolonial. Hablamos de derivas, de desenganches, de lecturas a contrapelo, de abigarramiento, de una epistemología *ch'ixi*<sup>6</sup>, de la estética como tiempo/espacio otro para reinventar(nos). Hablamos de cuerpos, de escucha de esos cuerpos, de deseo, de visualización, de disidencias, de conjugaciones en plural, de la complejidad de vínculos entre el denominado mundo-aldea y el mundo moderno, hablamos, al fin, de detener determinadas compulsiones: a la lógica de la racionalidad instrumental, a ajusticiar las diferencias, disonancias, disparidades y complejidades, como sacrificio al dios de la razón moderna, y de sus súbditas, las denominadas por De Sousa Santos (2006) como *monoculturas*.

En segundo término, voy a decir de otra manera lo que ya dije en previas y reiteradas ocasiones: nos equivocamos si pensamos lo colonial como un enemigo monolítico a derrotar, escondido detrás del Estado y sus instituciones. Nos equivocamos en la determinación del enemigo y antes, en la forma de plantear el problema. Y esto por varias cuestiones.

Viejos males nos aquejan. Entre ellos la anomia. Las instituciones modernas de hoy, han sido caracterizadas por Lewkowicz (2004) como galpones, espacios vaciados de proyecto y de recursos, desacreditados. En esas instituciones, la perplejidad iniciada ya en el ciclo neoliberal de los noventa, a partir de la llegada de los denominados por Carballada (2008) como sujetos inesperados, hoy se profundiza. Más que enfatizar la cuestión de “la crisis

---

<sup>5</sup> Algo digo en Hermida (2016) sobre las profundas diferencias entre las tradiciones europeas o filosofía política continental, y el enfoque norteamericano de la naciente Ciencia Política a inicios de siglo XX y su consolidación en el denominado por Atilio Borón (1999) como conductismo político. También allí hago mención a las inscripciones de estas derivas en la academia argentina y sus ciencias sociales, a partir de la confrontación entre el modelo Gino Germani y su cientificismo en contraposición al género del ensayo y la mixtura política- academia.

<sup>6</sup> Lo mestizo y lo *ch'ixi* “da cuenta de una realidad donde “coexisten en paralelo múltiples diferencias culturales, que no se funden sino que antagonizan o se complementan”. Una mezcla no exenta de conflicto ya que “cada diferencia se reproduce a sí misma desde la profundidad del pasado y se relaciona con las otras de forma contenciosa”. (Prólogo de Tinta Limón en Rivera Cusicanqui, 2010: 7)

de las instituciones” vinculada al diagnóstico de la liquidez baumaniana, quiero recuperar cierto gesto analítico a propósito de la interfaz entre lo institucional y lo subjetivo y cómo se juega allí algo del orden de la colonialidad (y también de la descolonialidad, al menos como posibilidad). Veremos si sale.

Las instituciones se configuraron a partir de dos ideas de sujeto: el que llega y el que debe salir. El que llega no es cualquier sujeto. Es más, la persona que quiere acceder a determinada institución debe aprender a devenir ese sujeto esperado para que su acceso no sea interdicto. Si su trayectoria biográfica le impidió devenir alumno, paciente, asistido, demandante, becario, entonces tiene un problema. Tanto él o ella, como la institución. Volveré sobre esta cuestión. Tanto en el neoliberalismo de los noventa como en la feroz restauración neoliberal a la que asistimos en estos días, el desencuentro no es la excepción, es la norma. La institución no tiene con qué responder a la imagen de lo que debe ser. Y los sujetos que son sus usuarios, no se asemejan en nada al sujeto que los mandatos fundacionales le asignaron. Este diálogo de sordos, que ha sido significado con conceptos como el de ruptura del contrato pedagógico, en el caso de las instituciones educativas, se profundiza por el escandaloso epistemicidio, el violento ocultamiento de las subalternidades de género y de raza. Así, si algo avanzamos, por decirlo de alguna manera, para contemplar diferencias en términos de clase, poco, muy poco hemos hecho en relación con las prácticas racistas y misóginas en nuestras instituciones. Ejemplos abundan.

Entonces tenemos dos cuestiones a resaltar: el problema de las instituciones, al menos en nuestro presente más inmediato, en esta Argentina macrista, no es tanto o no es solo el carácter disciplinador y normalizador de las instituciones totales<sup>7</sup>, y su capacidad de

---

<sup>7</sup> No quiero dejar de polemizar con mi propia afirmación. ¿De qué labilidad de las instituciones hablamos en un contexto donde la mano dura, la llamada *doctrina Chocobar*, la presencia policial y sus atribuciones, más que decrecer aumentan exponencialmente? Es claro que el Estado de esta restauración neoliberal no pretende su propia extinción, sino que propone una economía de fuerzas, funciones y potestades, donde algunas instancias de lo institucional directamente vinculadas con lo normativo y represor se amplifican, mientras otras, vinculadas a la reproducción de la vida y la construcción de ciudadanía se vacían. Baste como ejemplos la clara judicialización de la política (agravada por la evidencia de un poder judicial alineado a los mandatos del gobierno) imbricada con una serie de estrategias televisivas de nulo valor periodístico e inverosímiles construcciones discursivas que sin embargo calan hondo en las masas consumidoras de los medios masivos de comunicación. Y también la habilitación discursiva y presupuestaria del aparato represor. En esta línea no quiero dejar pasar el hecho de que en este mismo mes de septiembre donde se degradan a secretaría determinados ministerios con la consecuente reducción presupuestaria, se aprueba y publica en boletín oficial que ese presupuesto “ahorrado” se gira directamente a los Ministerios de seguridad, a las fuerzas policiales, a gendarmería, etc. Sobre el final de este texto veremos cómo estos dos registros pueden ser leídos en clave feminista como los aparatos de la machopolítica potenciados en el caso de lo represivo y judicial, y los de la lógica de lo femenino (en tanto dimensión constitutiva de la vida y subalternizada) y del habitar como cuidar, en el caso de la reproducción de la vida. De hecho cuando la

control de nuestros cuerpos, como sí lo es su desmantelamiento y su (des)organización, toda vez que es vaciada de recursos, de proyecto, y es orientada hacia un no lugar y un no sujeto, es decir un sujeto que hoy no existe y tal vez nunca existió: las blancas palomitas de Jacinta Pichimahuida, el paciente paciente, el buen pobre, la madre sumisa, la becaria de conicet leída, promedio casi diez trilingüe, soltera y sin hijos (sino perderemos tiempo en su postulación o no podrá cumplir “bien” con sus tareas) etc.

Pero aquí algo más hay que decir, que casi que se escapa cuando una reflexiona sobre estos temas. El desmantelamiento no es simple ausencia. No sólo deja de producir determinadas cosas, o prestar determinados servicios. Que ya de por sí es un verdadero escándalo, pero no implica desaparición de lo público. Nuestras instituciones en ruinas siguen allí. Entonces estas ausencias, estos vaciamentos, no se explican en tanto falta de producción, ya que son extremadamente productivos. Muchas instituciones están para decir que no tienen nada y no pueden nada. Y aquí entra una dimensión de la que mucho hablamos pero que no siempre ponemos en funcionamiento a la hora de visitar nuestras prácticas profesionales. Me refiero a la cuestión de las subjetividades. Ya el concepto de colonialidad del ser y su impronta fenomenológica nos han puesto en primera escena la cuestión del lenguaje, su carácter performativo, no representacional y su potencia inusitada para trazar el contorno de nuestros cuerpos, sueños y padecimientos. Sin embargo, creo que vale puntuar cierta especificidad que este proceso de destrucción de lo público y sus instituciones tienen en la configuración de subjetividades. Ya entonces no estaríamos hablando sólo de mecanismos como los del panóptico, la escuela configurando cuerpos para la fábrica, etc. Estamos hablando en mi visión de otros dos procesos (sin detrimento de los vestigios de las clásicas formas de construcción de subjetividad moderna).

Por un lado cierto desplazamiento, que comenzara hace varias décadas pero que hoy tiene una densidad alarmante, que va de las prácticas más coercitivas de control de los cuerpos, a una suerte de autogestión de una subjetividad controlada. Este desplazamiento no es lineal, hay un enganche perverso entre hacer vivir y hacer morir<sup>8</sup>. Quedémosnos unos

---

política social, sanitaria y educativa se desmantelan, los cuerpos de las mujeres soportan el peso de ocupar ese espacio que el Estado abandona.

<sup>8</sup> A lo largo de su producción, Foucault va objetivando diversas tecnologías de poder que condensaron en distintos momentos históricos, y en algunos de sus cursos del *Collège de France* (ver Foucault, 2011) se toma el trabajo de precisar sus lógicas. Así entre las diversas tecnologías destacan la Soberanía, la Disciplina, la Seguridad y la Biopolítica, con sus respectivos efectos de castigo, normalización, normación y gestión de riesgos. Entre ellas no hay evolución, son prácticas que cohabitan de alguna forma y se multiplican entre sí. La muerte de Ismael en este mes de septiembre de 2018, el niño del Chaco, que fue un

instantes en esta idea de configuración de las subjetividades. Foucault recuperaba el concepto de “práctica ascética, dando al ascetismo un sentido muy general, es decir, no el sentido de una moral de la renuncia, sino el de un ejercicio de sí sobre sí por el cual uno intenta elaborarse, transformarse y acceder a un determinado modo de ser.”(1984: 258). Esta ascética en principio no es evaluable moralmente. No hablamos de devenir mejores ni peores personas por medio de ellas. Hablamos sí de los mecanismos y procesos que se activan que tienen menos que ver con “la letra con sangre entra” y las heteronomías, y más con la ficción de “ser los dueños de nuestros destinos y reinventarnos” a partir de una serie de ejercicios propios de la ascética, en este caso en su versión neoliberal. De esta forma las instituciones terciarizan así parte de sus tareas *non santas* que otrora realizaran de manera más o menos oficial. Y así nuestras calles y nuestras redes sociales se llenan de una multiplicidad de ejercicios que tienen por objeto la construcción de perfiles virtuales y materiales que permitan acceder a lo que el sistema promete derramar. No me refiero solo a la clase media y media alta y sus grupos de *running*. Me refiero también a los sectores populares y el sostenimiento del discurso de la meritocracia que los hace autopercebirse como responsables del genocidio social perpetrado por este capitalismo financiero. Es decir, el problema de las instituciones fragilizadas no elimina los procedimientos de construcción de subjetividades dóciles y subalternizadas. Solo deja golpeados y en medio de la calle a los sujetos que no alojó, con una serie de marcas en su subjetividad y un mandato: reinventate. En esas mismas instituciones que configuran a sus usuarios como ciudadanos de segunda, y en otras instancias de construcción de lo social como son los medios de comunicación, las redes sociales, diversos dispositivos se activan. El mercado expulsa cuerpos innecesarios, que ya no tienen entidad ni como ejército de reserva. La sociedad en algún punto pide aun al Estado que configure cuerpos para la fábrica, y que el mercado vuelva y los tome. La realidad es otra. Los procesos de individualización ubican al sujeto en el lugar imposible de construirse como objeto elegible para el mercado. Libros de autoayuda, *Unidades de capital mental* como en el caso de la provincia de Buenos Aires, asesoradas por Facundo

---

homicidio perpetrado por la policía, en el marco de un supuesto saqueo a un supermercado, que a su vez fuera en realidad un reclamo porque el comercio retenía la tarjeta de alimentos de estas familias en el marco de la suba exponencial del dolar, todo este hecho y también su tratamiento mediático, muestran las diversas capas y acoplamientos de estas tecnologías. Las escenas dantescas con que iniciara Foucault su célebre *Vigilar y Castigar*, y que parecían ilustrar tiempos lejanos frente a las nuevas tecnologías de construcción de la subjetividad disciplinada, retornan aquí de alguna u otra manera: Hacer (y dejar) vivir a estos sujetos racializados y subalternizados, que “caen” en instituciones públicas. Dejar (y hacer) morir a estos cuerpos que valen menos que las balas que los matan.

Manes<sup>9</sup>, apelaciones a la resiliencia, y todo el arsenal de una neurociencia con pretensiones filosóficas y empíricas nos rodea: sobrerresponsabilización del individuo por su éxito o fracaso en una sociedad cuyos niveles de indigencia, pobreza y desocupación crecen de manera exponencial, por razones obviamente no individuales sino macroestructurales.

Y por otro lado, quiero puntualizar otro proceso vinculado con la configuración y el soporte de determinadas identidades estigmatizadas. Sabemos que la identidad no es positiva en términos de una esencia que se revela a partir de un proceso lineal. La identidad es ante todo diferencia y separación. Sobre esto el psicoanálisis y la lingüística nos han dado cátedra, y más recientemente Laclau (2008) ha dado un paso más traduciendo esta lógica para la conceptualización de las identidades políticas. En el campo de lo colonial es quizás uno de los conceptos más controvertidos. La distinción de Segato (2002) entre identidades políticas y alteridades históricas es de gran interés en este sentido, como también los aportes de nuestra querida Laura Catelli sobre mestizaje, y las diversas críticas a las miradas multiculturalistas. En todo caso las identidades (no como esencias sino como ficciones productoras de sentidos) son construcciones sociales, políticas, culturales. Se entienden sólo a partir de una mirada atenta de la cuestión social como configuración de una determinada sociedad, sus violencias, sus desigualdades. Y aquí retomo lo que introdujera una párrafos antes: cuando las instituciones persisten en hablarle al sujeto esperado en vez de al sujeto que efectivamente tienen enfrente, se produce un proceso de violencia simbólica muy fuerte y desestructurante. Sin embargo la institución no construye una pregunta sobre esto. No se cuestiona. Proyecta. El problema es del usuario de la institución, que no puede, que no sabe, que no se asemeja al destinatario imaginario. El sujeto des-atendido las más de las veces tampoco registra las variables macro. Y si el relato de la meritocracia se le hizo carne, se autocastiga por su fracaso. Y si la carga ya excede sus recursos para manejar la frustración cotidiana que puebla la vida subalterna, entonces es probable que la violencia recepcionada se proyecte sobre la materialidad primera de lo institucional: los cuerpos de sus trabajadorxs, las paredes de sus emplacés físicos, etc. Así, cuando esto sucede, se inicia un proceso ya de desencuentro, ya de conflicto, ya de violencia. Se le endilgan al/ a la estudiante, al/a la paciente, al usuarix de determinada política pública, toda una serie de deficiencias heredadas y adquiridas, se lx castiga por no encajar, se lx estigmatiza, se lx responsabiliza

---

<sup>9</sup> Sobre este tema sugiero la lectura de la nota periodística de Urdaniz (2018)

por sus magros logros o sus estrepitosos fracasos. Así nuestras instituciones parecerían desde esta lógica colonial, estar tomadas por una masa de tontxs, impotentes, inútiles, violentxs, vagxs, que no llegan, que no hacen, que no puede, que no saben, que sobran. Aquí, lo repito y lo enfatizo, encastran de manera perversa esas dos variables, consideras menores por muchas teorías críticas y no críticas de la modernidad: lo racial y el género. Veamos si no, la reacción de ciertos sectores progresistas y de izquierda frente al debate sobre la interrupción voluntaria del embarazo, que denunciaban confusión política por parte de las feministas, que “olvidaban” cuál era el “problema de fondo”. Entonces las “explicaciones” construidas respecto del fracaso institucional (que en definitiva es percibido con mucho malestar también por quienes conducimos o reproducimos las instituciones en tanto se decodifica como fracaso personal) se traman apelando a los dispositivos discursos racistas y misógicos. “*Estas chiquitas, estos pendejos, estos negros, no entienden nada...*” Rara vez esa caterva de diagnósticos mal habidos retorna en forma de pregunta a la institución. Rara vez el malestar se reconfigura como problematización para llegar al hallazgo de que quizás al que le estamos hablando no está presente, y al que está presente... sí le estamos hablando, pero no de lo que deberíamos por mandato institucional (de su salud, su educación...) sino de lo que nos hace síntoma y no podemos manejar: nuestra incapacidad de resolver en ese espacio una crisis que nos excede, pero que a la vez reproducimos. Entonces allí va, nuestra desimplicación en forma de violencia simbólica, a profundizar el conflicto. Descolonizar lo institucional hoy implica asumir la centralidad lo racial y de la crítica del patriarcado, para poder habitar las instituciones de una forma otra. Y registrar las marcaciones de estos discursos coloniales también en nuestras formas “progresistas” de estar en la institución.

Hasta aquí estamos revisando básicamente estas cosas: que lo institucional está siendo desmantelado presupuestariamente, atacado discursivamente, que algunos de sus efectos más nocivos en este contexto se ubican en el (des)encuentro con los sujetos que a ellas acceden, y particularmente por las violencias que se desarrollan por la minorización de las cuestiones raciales y de género en lo institucional, derivadas de la colonialidades instituidas. También aludí a la errónea conceptualización de lo institucional como exógeno al sujeto, planteando la imbricación de la dimensión institucional como instancia que produce subjetividad. Por eso quisiera cerrar este apartado completando algunas reflexiones sobre esta ligazón entre lo institucional y lo subjetivo.

Las instituciones, particularmente las vinculadas a los campos de salud, educación,

ciencia, cultura, están siendo degradadas. Y este proceso es concomitante con la degradación de sus destinatarios. La relación es obvia pero igual quiero explicitarla. Para ciudadanos de segunda, instituciones de segunda. Para los ciudadanos bien, instituciones bien, pagas, privadas, desinfectadas. Ciudadanos de segunda son significados hoy a partir de dos categorías: la de parásito y la de peligro. Negros, vagos que no quieren trabajar, que quieren ganar más de lo que ganan los que de verdad hacen grande a la patria con sus campos y empresas, flанeros, putas y aborteras que quieren que les paguemos su matricidio, toda una casta de subalternxs, figuras de la monstruosidad<sup>10</sup> circulando por las pasarelas de loss *mass media*, que rápidamente se reconvierten en el discurso en violentxs, antisociales, terroristas, destructorxs del reservorio moral de la nación, y constructores de esta argenzuela...

Esta es la foto si la miramos desde arriba, en un esfuerzo de síntesis. Pero si cambiamos la posición de la lente, y nos situamos en las particulares trayectorias biográficas, veremos los padecimientos de transitar lo institucional con el cartel de ciudadanx de segunda impreso en la clase, en la piel, en la posición de género y orientación sexual. No son solo privaciones materiales que impactan, sino miradas, destratos, violencias no siempre verbales, naturalizadas, difícilmente objetivables.

“En esto consiste el trabajo oscuro de la institución. Su secreto reside en la opacidad de su trabajo: como ocurre con los mitos, ésa es la clave de su eficacia. La dimensión más cierta de la institución es aquella menos perceptible, la que se oculta bajo la impresión de inmediatez que brindan las acciones humanas cuando se efectúan como si no existiera mediación entre el actor y la acción, entre el sujeto y lo que éste objetiva.” (Varela, 2005)

Y aquí quiero introducir la primera luz, o al menos claroscuro, después de tanto mal diagnóstico. Pienso humildemente que es en ese “entre”, en esas mediaciones, que se juega el poder disciplinador pero también emancipador de lo insitucional. Voy a intentar ejemplificar esta idea.

Hace unos meses estaba trabajando con una colega. Fue mi docente en el grado. Fui su docente en el doctorado. Y hoy yo “soy su directora” de carrera y de tesis. Me decía que no se sentía segura, que creía que no podría armar su plan de tesis. Y yo le contesté (las palabras me tomaron, no pensé antes de hablar) que cómo no le iba a costar sentirse

---

<sup>10</sup> Esta idea de mostrificación de la Otridad la trabajé en Hermida (2015)

habilitada, si hace más de veinte años que la institución no la habilita, que su concurso docente no sale y sigue interina, que su titular no la “deja” incorporar cosas al Programa, etc. etc. Nadie le dijo explícitamente “no podés” pero en sus múltiples instancias de acción y decisión, la institución y sus representantes le “hicieron sentir” eso. El problema con lo no dicho es que “pasa como por un tubo”. Cuesta mucho registrarlo, reconocerlo, objetivarlo, y sacárselo de encima. Pero hay algo más en esta escena. Yo también soy institución para ella. De hecho sólo la institución nos une. Y nos queremos. Pero ningún intercambio vincular con esta colega se dio por fuera de la institución, ni espacial ni temáticamente. El afecto de nuestro vínculo institucional y estas ideas que dije yo pero que tejimos juntas (solo lo pensé con ella, y casi sin pensarlo) lograron quizás sanar ciertas otras experiencias institucionales. Aquí la palabra, y la ternura, como dice Ulloa, pudieron detener una máquina, y abrir una ventana. Tengo la impresión que sin quererlo he caído en lo que inicié criticando: el énfasis desmedido en el carácter nocivo de lo institucional. Por eso pienso que deberíamos hacer el esfuerzo de registrar esta escena, como en tantas otras que cada quien puede recordar, donde circuló el afecto y la palabra que sana, no como expresiones de buena voluntad de individuos aislados. Debemos registrar qué de lo institucional hace posible esto para potenciarlo. Estos gestos reivindicativos y emancipatorios, mensurables o cualificables, que van desde aprender un oficio a construir una amistad, tener un título a pasar un momento intenso y feliz, todo eso también es institución. Y si en el saldo esta dimensión queda disminuida, será nuestra tarea registrar en los diferentes niveles, las lógicas coloniales y descoloniales que pueden desactivarse o activarse para revertirlo.

## **II- Sobre el habitar lo institucional y las descolonizaciones.**

Voy a contar una infidencia. Hace unos meses me invitaron a un Seminario sobre Filosofía y Trabajo Social organizado por dos Universidades de Santiago de Chile. En la exposición hablé de una serie de cuestiones, y tangencialmente sobre lo institucional, enfatizando en la necesidad de “habitar las instituciones”. Esta idea caló hondo, y varixs colegas en el almuerzo me preguntaron sobre la misma. La verdad no tengo idea de donde surgió. Sí sé que parte de lo que significa en principio para mí, tiene que ver con las discusiones colectivas en las que vengo participando, con las teorías de lo colonial y con otras lecturas pero también experiencias. Frente a la necesidad de responder “qué quiere decir (o en qué sentido decía) habitar las instituciones”, me encontré con el reflejo más

conservador que tiene nuestra academia: salí disparada a buscar una cita de autoridad. Porque ¿qué otra cosa somos (o pretenden que seamos) en la academia que comentaros? Cuál fue mi alegría cuando por casualidad encontré a Silvia Rivera Cusicanqui nombrando este concepto de *habitar*. Lo decía al pasar, pero lo decía! Lo cierto es que ahí inicié un viaje que por suerte me permitió trascender el “copia y pegue” y las tres líneas ilustrativas posteriores. Me hizo pensar. Movié cosas. Pues buen, la autora enuncia tres conceptos a propósito de su propuesta de la Sociología de la imagen y su noción de la visualización, que me sedujeron: mirada, memoria y experiencia. Ya Benjamin había sabido reconfigurar mi idea de experiencia como aquello que la modernidad nos supo arrebatarnos. Y me costó esa ruptura epistemológica porque yo venía con Samaja, convencida de lo opuesto, de que con la modernidad se pasaba de un principio de autoridad a un principio de experiencia. Pero ahí vi mi confusión entre experimento y experiencia. Y lo propio se podría decir sobre la impronta benjaminiana que tienen la memoria y la mirada, pero hoy no es el día. Aquí, Silvia enlaza estos tres conceptos en un significativo que a mí me resulta muy potente desde antes, que de hecho utilizo en mi jerga más íntima, una palabra que incluso puebla mi vida onírica: el habitar. Estas reflexiones de Silvia, hicieron para mí más mundana e inteligible la idea descolonización:

“La descolonización de la mirada consistiría en liberar la visualización de las ataduras del lenguaje, y en reactualizar la memoria de la experiencia como un todo indisoluble, en el que se funden los sentidos corporales y mentales. Sería entonces una suerte de memoria del hacer, que como diría Heidegger, es ante todo un habitar. La integralidad de la experiencia del habitar sería una de las (ambiciosas) metas de la visualización” (Rivera Cusicanqui, 2015:23)

Habitar como experiencia integral. Enlace entre sentidos corporales y mentales. Una memoria del hacer. La socióloga boliviana me estaba dando una pléyade de metáforas muy potentes para mi tarea. A éstas sumó otra pista: un pie de página de su libro me llevó a un texto de Heidegger denominado *Construir, habitar, pensar*. Allí, el controvertido filósofo habla del habitar y del construir. Leí el texto. No sé hasta dónde “lo entendí”, pero me sentí habilitada por los espíritus de James y Rorty, para usarlo a mi gusto. Con la anuencia de Ixs presentes quiero comentar algo de los sedimentos que el trabajo con ese texto me dejaron.

Dice Heidegger: “Al habitar llegamos, así parece solamente por medio del construir. Este, el construir, tiene a aquel, el habitar, como meta. (...) Sin embargo (...) construir no es solo medio y camino para el habitar. El construir ya es en sí mismo, habitar.” (1951: 1)

Creo que muchos de nosotrxs podemos ubicar algún registro personal donde este texto tenga sentido. El vínculo que construimos con aquello que concebimos, que construimos, tiene otra densidad. Cierta satisfacción, cierto orgullo bien habido al mirar el fruto de nuestro trabajo, las horas de vida que quedaran para siempre incrustadas y latiendo en eso que construimos y que nos llevó dolores de cabeza, risas, tiempo, ilusión.

Comenzando a enlazar estas cuestiones con lo institucional, digo que es difícil habitar una institución que no construimos, no en términos fundacionales, sino en la construcción diaria, en términos de sentirnos parte de su devenir. Por ejemplo, participar activamente de un proceso de revisión y reforma curricular nos permite construir/habitar de una forma muy otra la institución.

Siguiendo el texto, a partir de un exhaustivo análisis filológico, Heidegger explica en qué sentido construir significa ante todo habitar:

“Ahora bien, la antigua palabra *buon*, ciertamente no dice solamente que construir es propiamente habitar sino que a la vez nos da una indicación sobre cómo debemos pensar el habitar que ella nombra (...): abrigar y cuidar (*collere*) y erigir o levantar edificios (*aedificare*). También advierte otra cosa muy importante: construir no es ningún producir.” (1951: 2)

El texto sigue su curso. Pero yo quiero detenerme aquí para hacer un uso para nada exegético, y más cercano a la asociación libre, vinculado a las derivas que las nociones de cuidar, del erigir, y de un construir no productivista me significaron, en pos de un habitar nuestras instituciones.

Y aquí traigo algo del registro de los feminismos del sur trabajado hace unos meses para un artículo sobre la liberación en la prosa feminista, descolonial y del pensamiento nacional.<sup>11</sup> Allí apuntaba que las mujeres tenemos aún como desafío ya no solo de hacer

---

<sup>11</sup> El artículo es de mi autoría, está en prensa, se denomina *La liberación en clave feminista, nacional y descolonial: de(s)limitar el corpus, cartografiar las derivas*, formará parte de una compilación de mi grupo de investigación, que estará a cargo de Meschini y Paolicchi. Los siguientes dos párrafos replican los argumentos allí expuestos. Puede accederse a la lectura del artículo en mi página de academia.edu: [https://www.academia.edu/36952145/La\\_liberaci%C3%B3n\\_en\\_clave\\_feminista\\_nacional\\_y\\_descolonial\\_de\\_s\\_limitar\\_el\\_corpus\\_cartografiar\\_las\\_derivadas](https://www.academia.edu/36952145/La_liberaci%C3%B3n_en_clave_feminista_nacional_y_descolonial_de_s_limitar_el_corpus_cartografiar_las_derivadas)

público lo privado (como fue la disputa por poner en agenda la violencia de género). Sino también el de refundar lo público desde eso que se llama lo privado, pero no lo privado mercantil de los CEOS, sino todo lo contrario, lo privado en tanto dimensión de lo íntimo, lo doméstico. Es decir, de deconstruir y reconstruir lo doméstico, reconociendo algo que parece obvio y sin embargo no lo es: que nuestras maneras de hacer no son menores respecto de las androcéntricas. Desde ese reconocimiento primero, de que nosotras no somos copias defectuosas, de que valemos, resignificar las formas de ser y de trazar vínculos en nuestras propias trayectorias vitales, no en abstracto. Y también, refundar lo público a partir de esas particulares maneras de ser y estar, como derivas otras a las lógicas machistas que desde la independencia de nuestros pueblos el Estado criollo patriarcal instituyó como válidas, e incluso como únicas. En este sentido creo que las mujeres tenemos un potencial inusitado para revisar las institucionalidades. Ese es en muchas de las propuestas liberacionistas un punto ciego, ya que la institución puede y sabe resistir prácticamente cualquier cambio de mando. Sus procesos tal como Weber lo señalara hace más de un siglo, son más largos y resistentes de lo que creemos.

Las lógicas desafectadas, verticalistas y violentas de las instituciones son un desafío al cual ni el progresismo ni la izquierda han podido responder con cierto éxito. Pero creo que las mujeres en particular, y la dimensión de lo femenino en general (en tanto constructo social no ontológico) que puede atravesar diversos cuerpos y procesos, podemos aportar a refundar las instituciones, empezando por habitarlas, desde lógicas en las que la afectación, la emoción, y las temporalidades no lineales ni productivistas, sean opciones posibles. Ubicar estrategias donde el maternaje, la sororidad y la ginergía<sup>12</sup> sean posibles, donde podamos cuestionar los parámetros burocráticos sacralizados y construyamos formas otras de habilitar acuerdos, en las que la punición y la legalidad no sean las únicas estrategias. También quiero decir algo obvio: las lógicas machistas que estructuran en buena parte la dimensión violenta de lo institucional, no son en absoluto

---

<sup>12</sup> Término ya utilizado universalmente por el feminismo cultural, refiere a la energía extraída por una mujer de lo profundo de su inconsciente personal y que es utilizada para fines específicamente femeninos, según sus propias prioridades. Esta energía no [es] tomada del varón, ni sustraída indebidamente de él, ni aceptada como alimento o regalo de su buena voluntad. (...) Sally Gearhart (1982) propuso como nueva estrategia para lograr la transformación de la sociedad lo que denominó el energy re-sourcement, es el cambio de fuente y origen de la energía; el acudir en busca de ella a otro lugar enteramente diferente, “una fuente más profunda que el patriarcado, que nos permita permanecer en la senda de la continua energía cósmica” (...) que otras preferirían llamar “energía-mujer” (...) Sin embargo, sería el término ginergía, utilizado por primera vez por Emily Culpepper en 1975, el que quizá expresaría mejor la universalidad del concepto (...) Gearhart sostiene que (...) el resultado de este descubrimiento sería una total reconstrucción de la realidad y la articulación de un nuevo sistema de valores y una nueva ética distanciada del nefasto ‘Poder sobre’.” (Gamba, 2009: 161)

ajenas a nosotras las mujeres. Quiero decir que no solo las sufrimos sino que, por diversos mecanismos, las reproducimos. Por eso es necesaria la deconstrucción, la revisión de nuestras prácticas concretas. Porque vemos incluso que dentro del propio feminismo puede y de hecho se cuele en algunas instancias el discurso androcéntrico racista moderno. Esta crítica a una macho-política también en el entorno institucional, creo que puede delinarse en el campo de la experiencia vital, más que en el de la elucubración abstracta, desde un abordaje estético que permita que lo nuevo advenga. Creo que debemos apostar a un camino vinculado al diálogo y no sólo a la confrontación (Hill Collins, 2000), no en términos de consenso habermasiano, sino de celebrar (y no “tolerar”) la diferencia, tejiendo lazos, instituyendo lógicas de cuidado y de desarticulación de las violencias, para vivir con una diversidad que no genere desigualdad. Y abandonando pretensiones teleológicas.

De esta forma, el habitar como construir, y el construir como cuidar y abrigar en los términos que Heidegger enunciaba, son para mí una forma feminista de habitar lo institucional para una intervención otra. La palabra misma de erigir evoca en algún punto el gesto de lo fálico. El mundo de la construcción y del edificar, el mundo de la UOCRA, es el mundo de las masculinidades muchas veces atravesadas por el imaginario machista. ¿Digo con esto que las mujeres no podemos construir casas, edificios o instituciones? Claro que no. Digo más bien que se ha enfatizado la metáfora de la construcción como forma de hacer lo institucional, la impronta fundacional, la homologación de la institución con su edificio, su organigrama y sus burocracias. Y poco se repara en esta otra dimensión del abrigo, del cuidado, del proteger. A su vez se ha instituido como el sujeto predeterminado de la edificación al hombre, y del abrigo a la mujer. Pienso que hay que revisar las dos cosas, desontologizarla, pero a la vez reivindicar la importancia del habitar como cuidar. Lo importante sería no cambiar de figurita, y darle ahora primacía a esta segunda instancia, en una neocolonización binaria jerarquizante a la inversa. Lo interesante en visión es intentar refundar qué quiere decir edificar y cómo podemos hacerlo distinto, y qué quiere decir cuidar y cómo podemos reinventarlo. Y que nos den un lugar no subalternizado a las mujeres, a la disidencia, a los negros y negras, a los pueblos indígenas en este proceso, a nuestros cuerpos y a nuestras ideas, porque no las patentamos, nos gusta compartirlas. Y porque hace quinientos años que se nos está negando esta posibilidad.

Y todo esto venía muy bien por lo menos para mí, digamos que cerraba y me sentía bastante satisfecha con mis garabatos. De hecho tengo variados argumentos para rebatir la crítica fácil de que estas ideas nos pueden llevar a los cincuenta, solidificar una imagen de mujer cuidadora. De hecho en Trabajo Social hemos dado una batalla sin cuartel para salirnos de esa imaginaria. Pero esto que digo es bien otra cosa. Se trata de una crítica previa que en primer término cuestiona las representaciones binómicas y jerárquicas de entre producción y reproducción (¿por qué es peyorativo el lugar del cuidado y reivindicativo el de la producción?), en segundo término denuncia la triple jornada laboral (trabajo doméstico, pago, y militante, y a veces una cuarta cuando estudiamos a la par de trabajar) y la triple posición subjetiva de la que tenemos que entrar y salir las mujeres para sobrevivir (tenemos que activar y desactivar cientos de circuitos, predisposiciones y habilidades para no ser punidas cuando pasamos de una lógica doméstica a una pública por ejemplo), y en tercer lugar desancla de cualquier determinación biológica y cultural (en el sentido de identidad cultural ontologizada) lo femenino. Pero decía, que estaba tranquila hasta que me topé con el libro de Cristina Morini, y su sugerente título: “Por amor o por la fuerza”. Este texto puso argumento a la conmoción que me produjo hace un año aproximadamente una foto que vi en el facebook de un *graffiti* donde estaba dibujada una mujer mayor cocinando, que decía al lado: “eso que llaman amor es trabajo no pago”. Sigo rumiando esa frase y los muchos problemas que me genera.

Y aquí con Morini, volvemos al comienzo. La posición biopolítica que ella reivindica del carácter normalizador de las instituciones, ya de alguna manera la había asumido y reubicado en mi mapa. Pero ahora, esta feminista italiana, muestra algo que quizás yo sí sabía pero no tanto, y es la cuestión de la apropiación por parte del capitalismo patriarcal de toda esa dimensión si se quiere femenina, todo esa cuestión que aquí estamos englobando en el significante del cuidar.

“Estamos completamente inmersos en lo que podríamos llamar una dimensión biopolítica (...) La devastadora afirmación de la lógica soberana del valor de cambio (...) que pretende introducir la ética en el ámbito productivo, hace precisamente palanca sobre el concepto de «cuidados» El modelo de los cuidados se vuelve entonces una estrategia de gobierno de la complejidad y de despotenciamiento de las conflictividades. El modelo de trabajo de cuidados es el más fuerte entre todos los que existen con el fin de «capturar el alma»” (Morini, 2014: 207.210)

No es una crítica a que yo haga un exhorto al cuidado y eso atrase. Es una constatación de que el capital sí hace un exhorto al cuidado. Sabe que el cuidado es condición necesaria y fundante de todo lo humano. Y entonces, antes de que a mí, que a Heidegger, que a Cusicanqui o a Segato, se le ocurrió esta idea al capital, y viene arbitrando los medios para expropiar esa energía, ese saber habitar cuidando.

Me horroricé. Mis ideas sobre el habitar las instituciones, implicarse, afectarse, cuidar, eran cómplices de este capitalismo patriarcal colonial!!! Me detuve. Y pensé que más que abandonar todo mi trabajo de lo que se trataba era de darle una vuelta más, quizás como en la gesta de nuestros cachorros, faltaba algún tiempo para parir estas ideas.

Leí y releí. El texto de Morini fue para mí revelador. Nos recuerda algunas cuestiones importantes, como el carácter no acumulable del trabajo doméstico, la dificultad de definirlo, y de definir el concepto mismo de trabajo. Y sintetizando, recupera lo mejor de la sospecha marxiana, apunta al problema del pasaje de valor de uso a valor de cambio en el caso del cuidado como mercancía. Ya sobre el final del libro, para mi sociólogo, encontré este párrafo:

“Las mujeres, después de haberse hecho cargo de los niños y de la casa ¿no deberían encontrar los modos y los espacios para evitar «cuidar a las empresas», descartando las sirenas hipócritas de la llamada *womenomics* y dedicarse en cambio al cuidado del mundo?” (Morini, 2014:221-222)

Así me di cuenta que más que renunciar a mis intuiciones debía clarificarlas. Y me encontré con algunas preguntas: ¿Es lo mismo una institución pública que una empresa? Ciertamente no. Y esos mecanismos tan ciertos de cooptación de este potencial femenino y tan evidentes una vez que reparamos en ellos, ¿se observan mayoritariamente en nuestras instituciones del Estado? Claramente que no. Allí reinan en mayor medida la machopolítica, la abulia y la anomia. Y aquí vino entonces esta cuestión de lo público y sus dimensiones subjetiva, social y estatal. ¿Dónde radica la alienación para quienes vendemos nuestra fuerza de trabajo en el Estado? ¿Dónde quedan capturada nuestra plusvalía? Las instituciones públicas, ¿están en la cartografía de Morini, del lado de la empresa o del lado del “cambiar el mundo”? Para ella no lo sé, dudo que estén cabalmente en el segundo grupo porque su planteo es más bien autonomista. Para mi tradición nacional y popular lo estatal tiene otras complejidades.

Quiero volver con todo esto a la cita inicial de Castoriadis. No hay variables omniexplicativas. Otra vez la necesidad imperiosa del registro precavido de cada proceso.

Otra vez la apuesta a un pensar situado, que es la apuesta a hablar no desde un locus unívoco y prolijo epistemológicamente hablando, sino desde las abigarradas capas que configuran nuestras realidades subalternizadas. Así, quedarse hasta las 4am corrigiendo un *paper* puede ser sobre-auto-explotación por un compromiso desmedido con mi trabajo que me resta posibilidades de libertad. Puede ser el capital disciplinándome desde adentro de mi subjetividad más recóndita. Pero también puede ser arrebatado de pasión, lucha cuerpo a cuerpo entre mis ideas, mis dudas y mis esperanzas de lograr algo con eso que escribo, cambiar algo en el mundo. Y por qué no, puedo inscribirlo incluso en otro registro, y significarlo como efecto casi orgásmico de tirarme exhausta en la cama luego de haber encontrado la palabra que me faltaba.

En definitiva me quedó el registro de dos cosas: que debemos velar colectivamente para que este habitar cuidando esté del lado de propiciar el buen vivir; y de que sobre este tema me falta mucho por pensar.

### **Sedimentos y salvedades finales**

Para finalizar, quiero decir algo previo (o mejor concomitante) a que pueda advenir esta posibilidad de habitar como cuidar. Es muy difícil un habitar otro en la institución, sin un registro de la propia subjetividad, es decir de las huellas que esos cuidados y no cuidados, que esas edificaciones o demoliciones, nos dejaron como marca. Esto no implica desinstitucionalizarnos. Eso es imposible. “Si se considera la idea de desinstitucionalización como una pregunta, puede orientar la reflexión, pero tomada como una afirmación, solo conduce a confusiones y reduccionismos.” (Kessler y Merklen, 2013:11)

Las instituciones son esos condensados de maneras de ver ritualizadas que nos alojan, surcen nuestros pedazos atendiendo a determinados diseños, y nos atan y desatan de otros. Nos cierran los ojos o los nublan para ver ciertos paisajes, y nos hacen volar muy lejos, para ver otros. Paisajes de horror, de amor, de abulia... Luego de la experiencia institucional ya no puedes mirar sin anteojos la realidad. Ya (casi) nada queda librado al azar. Toda esa pléyade de lo posible se va introduciendo en un mapa que reimprime en cada espacio y en cada sujeto un mote, un candado, una ventana, un prohibido pasar, una meta a alcanzar. Somos en gran medida, sedimento de esas trayectorias institucionales.

Pero lo institucional como significativo es por varios motivos tramposo. Entre ellos,

porque engloba cosas, sujetos y procesos muy disímiles. Por eso, antes de despedirme quiero evitar cierto relativismo que quizás se ha colado entre estas palabras. No todas las instituciones son para mí 50% y 50%. Hay instituciones terribles, desdeñables. Como pregunta que aún no me animo a responder, ni siquiera tentativamente, me aparece esta cuestión de si hay instituciones que sería mejor directamente eliminar, y otras que vale la pena disputar.<sup>13</sup> Ahora bien, algo sí me aparece como más cercano a mis intuiciones. Sí que vale la pena hacer, sentir y ser institución. La trabajosa tarea de desmontar ciertas lógicas vetustas, de cumplir las instancias burocráticas para alcanzar pequeños grandes cambios, de ocupar las sillas, de tomar los sellos, de firmar las actas, esa tarea opaca y subjetivamente tan costosa, por lo aburrida pero más aún por lo desgastante ya que las relaciones institucionales son antes que nada relaciones de poder, esos tránsitos litigantes y complejos, son valiosos. Porque o bien tejen o bien destejen lazo social. Y nada hay más importante para nuestro oficio que la vieja pregunta de la teoría social por cómo podemos vivir juntos, y hoy remarcaríamos vivir bien.

¿Quién puede hacer este ejercicio de saberse sujeto institucionalizado e institucionalizante, y a la vez asumir una posición de defensa ineludible o impugnación absoluta de lo institucional? Solo quien asume una posición de exterioridad respecto de las instituciones podría decir algo así, y eso es en si una aporía, ya que no tendría ni lenguaje para tramar semejante argumento. “La lengua es la primera de las instituciones, porque está asociada a los modos de conocimiento que persisten en tanto son compatibles con las experiencias individuales y colectivas.” (Dubet, 2006: 30)

Hoy soy mucho más institucionalista que nunca. Y más desinstitucionalista a la vez. Como el meme de Foucault, que ve relaciones de poder por todas partes, yo veo instituciones por doquier, en los lugares y momentos más insospechados. Y más que nunca me tomo en serio a las instituciones, riéndome de y con ellas, latiéndolas, queriendo

---

<sup>13</sup>Porque quizás en esta dicotomía se filtra no ya el reduccionismo relativista sino el esencialista. ¿Si refundamos una institución sigue siendo la misma institución o es ya otra? -recuerdo el texto de Watzlawick *et al* (2012) sobre el cambio 1 y el cambio 2 que mostraba cómo ciertas opresiones seguían vigentes en la URSS luego de la revolución. Había cambiado la forma pero no el contenido...-. Por ejemplo la institución militar o financiera. Para mi progresismo, son el horror sin más. Pero quizás lo militar o lo financiero, sean formas de un determinado nudo de lo social que podría bien tener otro rostro, otras aristas. Por ejemplo, las revoluciones y revueltas anticoloniales han tenido su brazo militar y económico. La prostitución o trabajo sexual son otro problema en el campo de debates de los feminismos, donde la cuestión de clase y raza no son menores a la hora de influenciar posiciones, y donde la posición de eliminar, desregular, proteger, punir, o propiciar esta institución del trabajo con el cuerpo o de explotación de cuerpo según se mire, está abierta y reclama lecturas más complejas. Veo que este pie de página tensiona con el anterior donde denunciaba la doctrina Chocobar. Lo que significa que no tengo para nada resuelto el tema.

conquistarlas cada mañana, queriendo destruirlas cada atardecer, queriendo olvidarlas cada noche, y tomándome de sus barandas para llegar cada día un poco más lejos y más cerca de sus promesas.

## Referencias bibliográficas

- BORÓN, Atilio (1999) "La filosofía política clásica y la biblioteca de Borges." En: BORON, Atilio (1999) *La filosofía política clásica. De la antigüedad al renacimiento*. Buenos Aires: CLACSO. URL: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20100609122129/2boron.pdf>
- CARBALLEDA, Alfredo (2008) "La Intervención en lo Social y las Problemáticas Sociales Complejas: los escenarios actuales del Trabajo Social." Revista Margen, Edición n° 48. URL: <http://www.margen.org/suscri/margen48/carbal.html>
- CASTORIADIS, Cornelius (1994) *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa. Versin on line: [http://www.psiaudiovisuales.com.ar/wp-content/uploads/Castoriadis\\_Unidad\\_2\\_La\\_dominios\\_del\\_hombre.pdf](http://www.psiaudiovisuales.com.ar/wp-content/uploads/Castoriadis_Unidad_2_La_dominios_del_hombre.pdf)
- DE SOUSA SANTOS, Boaventura (2006) *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social (encuentros en Buenos Aires)*. Buenos Aires: Clacso ediciones.
- DUBET, François (2006) *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*. España. Gedisa.
- DUSSEL, Enrique 1977, (1996) *Filosofía de la Liberación*. Bogotá: Nueva América.
- FOUCAULT, Michel (1984) "La ética del cuidado de sí como práctica de la libertad." En FOUCAULT, Michel (1994) *Dits et écrits*. (1954-1988), t. IV (1980-1988). París: Gallimard. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/NOMBRES/article/viewFile/2276/1217>
- HEIDEGGER, Martin (1951) "Construir, habitar, pensar." Versión on line disponible en: <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>
- HERMIDA, Maria (2015) "Colonialismo y producción de ausencias. Una crítica desde el Trabajo Social para visibilizar los presentes subalternos." Buenos Aires. Revista Debate Público. Reflexión de Trabajo Social. Año 5. n° 10. Año 2015 págs 67-87. ISSN 1853-6654. Disponible en: [http://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2016/03/09\\_Hermida.pdf](http://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2016/03/09_Hermida.pdf)
- HERMIDA, Maria (2016) Discursos sobre Estado, Poder y Política en la formación de grado en Trabajo Social. Tesis doctoral. UNR.
- KESSLER, G y MERKLEN, D (2013) "Una introducción cruzando el Atlántico". En CASTEL, R.; KESSLER, G.; MURARD, N.; MERKLEN, D. *Individuación, precariedad, inseguridad. ¿Desinstitucionalización del presente?* Buenos Aires: Editorial Paidós.
- LACLAU, Ernesto (2008) *La razón populista*. 3° reimpresión. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- LEWKOWICZ, Ignacio. *Frágil el niño, frágil el adulto. Sobre la destitución de la infancia*. Diario Página 12. Jueves 4 de noviembre de 2004. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-43161-2004-11-04.html>
- MORINI, Cristina (2014) *Por amor o a la fuerza: Feminización del trabajo y biopolítica del cuerpo*. Madrid: Traficante de sueños.

- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2010) *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón. Disponible en: <https://chixinakax.files.wordpress.com/2010/07/silvia-rivera-cusicanqui.pdf>
- RIVERA CUSICANQUI, Silvia (2015) *Sociología de la imagen. Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- SEGATO, Rita (2002) “Identidades políticas / Alteridades históricas: una crítica a las certezas del pluralismo global.” RUNA. Vol. 23, núm. 1 (2002) Disponible en: <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/runa/article/view/1304>
- URDANIZ, Anabel (2018) “Capital Mental: una forma de esconder la pobreza al interior del cerebro.” En Revista Cabecitas Negras. Disponible en: <http://revistacabecitasnegras.com/capital-mental-una-forma-de-esconder-la-pobreza-al-interior-del-cerebro/>
- VARELA, C. “Institución de la ternura”. Diario Página 12. 10 de abril de 2005. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-49399-2005-04-10.html>
- WATZLAWICK, Paul; FISCH, Richard; WEAKLAND, John (2012) *Cambio: Formación y solución de los problemas humanos*. Barcelona: Herder Editorial.
- ZAVALETA MERCADO, René (1986) *Lo nacional-popular en Bolivia*. Mexico: Siglo Veintiuno. Editores.